

A propósito de Jason Read. *La micropolítica del capital. Marx y la prehistoria del presente.* Madrid, Tierradenadie Ediciones, 2016.

Claudio Aguayo

La publicación en español del libro de Jason Read, *Micropolitics of Capital* abre la posibilidad de discutir un problema actual, que se desprende de las distintas lecturas de *El Capital* que se han desarrollado en el corazón del pensamiento filosófico europeo. Se trata de la cuestión, no siempre explicitada en el libro de Jason Read, de la relación entre ontología y política, más allá de la obviedad que eso quiera decir. En efecto, la increíble proliferación de trabajos cuyo título remite de una forma u otra a esa alianza entre ontología y política, da cuenta de una presuposición básica: habida cuenta de lo que quiere decir la “ontología”, como disciplina relativamente autónoma acerca del ser, a cuyo cargo estaría de modo a veces híper-crítico ese campo de posiciones y batallas al que llamamos metafísica, existe en el espacio “ontológico” un sustrato político. A la inversa, también, la política produciría su propia escansión ontológica; su exceso-ontológico u onto-político. Las ontologías políticas serían en este sentido políticas del ser, porque afectan la dimensión más básica, aquella de los conceptos con los que entendemos cuestiones tan generales y difíciles como las del cuerpo, el alma, la existencia y sobretodo, la transformación del mundo (el *verändern*, transformar, de la onceava tesis sobre Feuerbach). Epistemologías políticas, ontologías políticas, son operaciones específicas casi siempre destinadas a recomponer la politicidad de la filosofía. Pero, pensadas desde otro extremo, uno que podríamos llamar contra-filosófico, en el “borde interno” de la filosofía (tal como diría Derrida en las sesiones que dedica Althusser en su seminario de 1975-1976, “Théorie et Pratique”), estas operaciones también tienen una pretensión de reconstrucción, e incluso de conjuración. Reconstruyen un dispositivo perdido -el dispositivo, sobretodo pos-cartesiano, pero antes también platónico, que hace que la política y lo político sean comprendidos en el campo del filosofema- y conjuran la proliferación de una “politicidad” que se escapa. La increíble trayectoria del pensamiento marxiano comporta esta dificultad: la de ser un pensamiento del fin de la filosofía como disciplina autónoma situada en la cúspide de los productos del pensamiento, y a su vez producir una densa capa de problemas filosóficos, y de alimentarse de ellos de un modo a veces catastrófico y disperso (pensemos sólo en los “recursos prestados”: las problemáticas de la alienación, el fetichismo, la objetivación, el humanismo, la relación hombre-naturaleza). Al mismo tiempo, no podemos dejar de pensar cómo, en su encuentro material con las situaciones coyunturales, los “casos”, esa unidad crítica constituída por el marxismo debe ser cada vez una desviación. Es esta desviación lo que definió al pensamiento althusseriano, verdaderamente atormentado por la imposibilidad de una “ontología” de la revolución coherente consigo misma, y fascinado con la relación entre variación e invariante en el concepto maquaveliano, aunque también psicoanalítico y deconstructivo, de coyuntura.

Es la causalidad acumulativa, como diría Gilbert Simondon, de una imagen fantasmática o fantasmagórica, la que llega a producir una estabilidad. El marxismo podría interpretarse, desde este punto de vista, como una estabilidad causada acumulativamente por los choques-encuentros o, para usar un parénesis

incómodo, (des)encuentros de su propia “caída” en la historia. De todas maneras, estaríamos frente a un campo internamente afectado por la discordia. Una guerra interna que agita al marxismo cada vez que entra en su problemática relación doble y constitutiva, la filosofía y la política. Guerra interna que, por ejemplo, Jason Read ve reflejada en la cuestión crucial de la diferencia entre una hipótesis de la “causalidad inmanente” y una hipótesis de la “subjetividad autonomista”. Mientras que la primera, asociada al nombre de Althusser, plantearía la sujeción de los individuos a un todo-complejo estructurado (la conocidísima fórmula de *Pour Marx*), la segunda insistiría en el concepto de trabajo vivo y en su oposición al trabajo abstracto, convocando la estrategia de las “luchas del trabajo vivo” contra la abstracción. Así es como, por ejemplo, Antonio Negri viene planteando la cuestión del trabajo vivo y la potencia de la multitud (que es un nuevo nombre espinosista para el trabajo concreto-vivo positivamente comunista y potencialmente organizado) desde *El trabajo de Dionisios* hasta *Imperio*, pasando por su obra crucial, *El poder constituyente*. La propuesta al mismo tiempo fascinante y obstinada de Jason Read es pensar la “unidad” de estas dos estrategias. Si hay sujeción del individuo en la interpelación, la causalidad estructural y el “materialismo aleatorio”, también hay producción de subjetividad comunista, único horizonte posible en el que una nueva sociedad podría ser planteada. Tal es la cuestión programática a la que nos confronta *La micropolítica del capital*, su inscripción en el “rescate” de el texto marxiano de una dualidad interpretativa que viene afectándole, y cuyos efectos políticos serían una serie de batallas internas que no cesan de crisar al comunismo como movimiento y como horizonte.

La clave de interpretación de Jason Read se encuentra en el cruce entre dos nombres o firmas filosóficas al interior del campo marxista: la del propio Marx y la de Gilles Deleuze. Sin duda el título es muy alusivo: la idea misma de “micropolítica” pertenece por entero al horizonte ontológico-físico deleuziano y a la posibilidad de concebir una política menor, de los devenires, flujos maquínicos y la alteración conflictiva entre codificación/descodificación, máquinas de guerra/estado y virtual/actual, por sólo mencionar algunas nociones de la que debe ser, en términos conceptuales, la ontología materialista más consistente y productiva del siglo XX. Read no deja de ir a buscar a esa cantera irregular de conceptos y herramientas (recordemos aquella famosa frase de 1972, en la que Deleuze le dice a Michel Foucault: “eso es una teoría, exactamente como una caja de herramientas... es necesario que sirva, que funcione”) a la cantera deleuziana y el libro consigue re-engarzar los dos volúmenes de *El Antiedipo* con *El Capital* de Marx de forma a veces sorprendente. Marx sería un teórico de los flujos y de la pluralidad de agentes virtuales que subliman la producción de capital y plusvalía. La “micropolítica” del capital sería en este sentido la constatación de los diversos mecanismos moleculares inmanentes a la producción, mediante los cuales la subjetividad obrera y trabajadora, material e inmaterial, se produciría continuamente como poder del trabajo vivo. El concepto de modo de producción marxiano, indica Jason Read, debería dejar de leerse en la modalidad de la “estructura” (esa espacialidad topológica sin fuerza, sin inicio, como dice el joven Derrida de “Fuerza y significación”) para ser pensado como producción expansiva: en otros términos, convocar en la “producción” del modo de producción no la vieja lógica aristotélica de la causa y el efecto, sino el concepto deleuziano de producción como fábrica plural y devenir-otro. Es sobre el fondo de esa producción que Jason Read nos brinda la posibilidad del vínculo entre Althusser y Deleuze: la

“producción” en su modalidad capitalista sólo sería posible como encuentro de contingentes, entre dos virtuales, los trabajadores y el capital-dinero, que habría podido no tener lugar, y que en su momento produce la necesidad de su propia contingencia. El espacio social-liso (aludiendo al binomio-constituyente deleuziano liso/estriado) posibilita los flujos del capital, al mismo tiempo que produce una subjetividad revolucionaria capaz de fundar el espacio autónomo de lo común.

El capital produciría a la vez la subsunción real, como subordinación de la singularidad del trabajo vivo a un nivel social -y con ello, como emergencia de una abstracción socialmente totalizada-, y las nuevas formas de antagonismo que deben aprovechar las fuerzas cooperativas. El trabajo como producción de singularidad nómada y deseo frente a la sujeción del capital, es lo que podría producir “otro presente”, un “presente que sea diferente de sí mismo”, dice Read de un modo a la vez bellísimo y difícil. “Otro presente” respecto a lo que él ha “insistido en llamar efecto de sociedad”, el mínimo-común teórico para seguir sosteniendo al marxismo como proyecto ontológico y político. La topología específica del antagonismo, la “intersección” entre subjetividad y capital, el momento en que la subsunción y la pluralidad que le es inmanente se cruza con la singularidad de un sujeto por llegar (digo “por llegar” para distinguirlo radicalmente de cualquier alusión posible al porvenir derrideano), en producción permanente, continua, maquínica. El “ritmo” del libro de Jason Read tiene esa característica de la fábrica de la estrategia con la que Negri caracterizaba a la intencionalidad teórica de Lenin, un ritmo que incesantemente encuentra en la pluralidad de la producción, en la proliferación inmanente de un sujeto-sujetado y una subjetividad-común, la maquinaria de su propio proyecto, la doble hipótesis que divide al marxismo por dentro, su cisma originario e iterativo. “Autonomismo” y “causalidad inmanente” como los dos polos de una tensión productiva. Ontología y política como los dos planos que deben superponerse para entender aquello que el filosofema debe develar; la nueva estrategia o al menos, el nuevo materialismo capaz de producir los conceptos de una nueva estrategia. ¿Qué pensamiento para una nueva “Praxis revolucionaria”? ¿qué actividad crítico para una nueva “praktische Tätigkeit”? Puesta en los términos de las *Tesis sobre Feuerbach* la tarea que nos propone un libro como el de Jason Read parece seguir el hilo de un viejo maridaje --el de ontología y política, el de la “crítica” de lo social como totalidad y el de la transformación, actividad práctica revolucionaria. Althusser había deshilvanado esta problemática en la solución de una “práctica teórica” y una “práctica política” que, llevada al extremo, podría leerse como “práctica práctica”. Precisamente es la desviación de ese átomo caído que comienza con el nombre de “práctica teórica” y termina con el enigma del “materialismo aleatorio”, el que desmonta la posibilidad de concebir la “práctica revolucionaria” como la actividad de un sujeto cualquiera.

“Práctica política”, “práctica práctica” son los nombres tautológicos con los que una desviación tal podría ser pensada en un nivel que ya no es epistemológico, ni político, ni ontológico (Geoffrey Bennington, el prolífico traductor de Derrida al inglés ha dicho también “política de la política”). Pero que sin embargo se mantiene en una suerte de borde interno (“sur le bord interne de la philosophie”, como dice Derrida) que no desiste de ninguno de esos lugares consabidos. De tal manera que, situados en estos márgenes, seríamos capaces de percibir el trazo al que pertenece el signifiante “ontología-política”, y los límites de ese *trait d’union*. Una “práctica teórica” tal, que no reinscribe su afuera (la “lucha de clases”) para corregirlo en un

nuevo filosofema, sino para desbocarse y encentarse en el tormento de la autocrítica, implicaría pensar la coyuntura más allá de la producción de subjetividad, pero a partir de ella. Por eso el libro de Jason Read sigue siendo fundamental: porque nos obliga a pensar esa difracción que la máquina deconstrucción/materialismo aleatorio (que ni siquiera sabemos si es una “máquina” o un “acoplamiento”) debe propiciar y pensar; la demarcación entre filosofía y política, a la vez que su secreto vínculo en el horizonte estatal y paraestatal de la soberanía “filosófico-política” del capital. Es lo que creo que podría concluirse de la parte final en la que “otro presente diferente de sí mismo” aparece como condición de un futuro “radicalmente distinto”. El futuro de ese futuro es precisamente el diferimiento, la difracción y la diferencia que cada vez podemos introducir en nuestra propia tentativa de concebir en el sujeto una transparencia consciente o inconsciente de su papel más esencial, virtualidad que debe desplegarse, potencia dormida. Un futuro radical, dependería tal vez de una nueva materia: distinta a la “adulteración del pan con tiza, alumbre y hollín” que constataba Marx en la vida de los obreros en el siglo XIX. ¿Cuál subjetividad sería la de una clase trabajadora a la que las adulteraciones “del pan” -y sobretodo del tiempo- se les han hecho cada vez más imperceptibles, moleculares, propagativas? La “micropolítica del capital” puede entonces avanzar un paso más, desde la ontología política al materialismo del encuentro y la conjunción que, en cierta forma, es también un materialismo deleuziano.